

El Salvador proceso

informativo semanal

Año 18
número 782

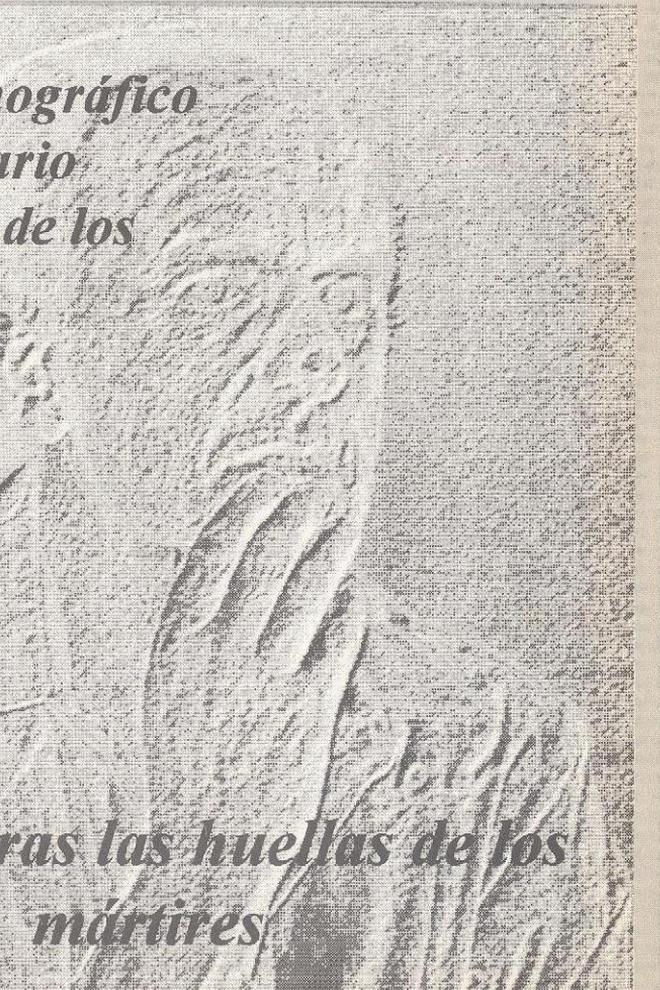
noviembre 12
1997

ISSN 0259-9864

centro universitario de documentación e información

*Número Monográfico
VIII Aniversario
del asesinato de los
jesuitas*

*La UCA tras las huellas de los
mártires*



Martín-Baró y el compromiso contra la violencia

Para los estudiantes universitarios de la segunda mitad de los ochenta, una de las expresiones más célebres de Ignacio Martín-Baró, como profesor de la cátedra de Psicología Social en la carrera de psicología de la UCA, era algo así como lo siguiente: “a mí que no me vengan con cuentos con eso de condenar la violencia venga de donde venga, ese tipo de declaraciones de funcionarios y de políticos no hace sino mostrar un elevado nivel de ideologización y esconder una realidad que es muy diferente”. Posteriormente complementaba siguiendo su libro *Acción e Ideología*: “no es lo mismo el acto de violencia necesario para imponer las cadenas a los esclavos, que el acto de violencia de éstos para liberarse de tales cadenas”.

De esta forma, muy provocativa, Ignacio Martín-Baró solía abordar el problema de la violencia en su desempeño como psicólogo social. El dedicó buena parte de su actividad investigativa e intelectual para conocer y enfrentar el problema de la violencia que envenenaba las relaciones sociales en El Salvador. Irónicamente, la violencia acabó con su vida, pero no con su legado para hacer frente a aquélla.

Ocho años después de su muerte, la violencia sigue siendo un problema básico de la sociedad salvadoreña; las cifras insisten en mostrar que en la actualidad existen tantos muertos por causas violentas como los que habían en los peores años de la guerra y la represión política. Sin embargo, la violencia que sigue produciendo tanta muerte y dolor entre los salvadoreños ya no parece ser la misma que la del pasado. Los ciudadanos de este país centroamericano ya no se matan por sus ideas políticas, como tampoco lo hacen por el poder —al menos no formalmente—; ahora lo hacen por otras cosas. Esto significa que los salvadoreños siguen siendo un pueblo martirizado.

Para algunas personas, esta nueva modalidad de violencia —difusa y generalizada— confunde y echa por tierra los planteamientos sobre la misma que en los ochenta realizara el Padre Nacho; en esto justifican la falta de acciones del presente. Algunos piensan que tales planteamientos ya no tienen validez porque ya no existe guerra ni violencia política. Esto es así porque sólo alcanzan a percibir un simple planteamiento político en las propuestas científicas de Ignacio Martín-Baró. Nada puede estar más lejos de la realidad y/o ser más injusto respecto al legado de Martín-Baró.

El Padre Nacho fue un hombre coherente y consecuente en sus ideas, en su trabajo y en su vida como religioso. Y como tal luchó para construir una sociedad humanizadora, según la cual “el bienestar de unos no se asiente en el malestar de los más”; esto implicaba no sólo un compromiso de orden profesional con su trabajo y con su vida religiosa, sino sobre todo un compromiso ético para lograr la humanización de la realidad y la justicia para con las mayorías populares. Esto pasaba —sin duda— por atender el problema de la violencia.

Este compromiso que signaba su trabajo cotidiano y que, específicamente orientaba su interés por estudiar, comprender y enfrentar el problema de la violencia sigue siendo muy válido en estos días; sobre todo cuando las estadísticas muestran que la violencia afecta preferentemente a los más desaventajados y excluidos socialmente; cuando los estudios revelan que El Salvador aún está lejos de ser un país de oportunidades parejas para todos y cuando, en la práctica, el gobierno se empeña en segregar a quienes constituyen las mayorías de este país.

El pensamiento y el legado teórico —y práctico desde su vida misma— del Padre Nacho sigue tanto o más vigente como hace quince años cuando escribió su texto para la

cátedra de psicología social. En clase, el Padre Nacho solía decir que la violencia y la muerte que imperaba en esos años —de la guerra— no era “nada en comparación con lo que habría de suceder cuando termine el conflicto armado”. Su predicción ha resultado cierta y es muy valedera en estos días. Pero más que buscar vigencia al trabajo a Ignacio Martín-Baró sólo por sus declaraciones como catedrático, hay que reafirmar que la vigencia de su obra se extiende en toda ella y va desde su énfasis —expuesto a lo largo de toda su obra— para que el quehacer de la psicología -y de la ciencia en general- asuma el reto de enfrentar los problemas esenciales de las mayorías desposeídas del país, hasta los retos específicos de la psicología social para atender el problema de la violencia.

Más concretamente, el legado de Ignacio Martín-Baró en el abordaje psicosocial de la violencia también marca un derrotero iluminador que ahora parece estar más vigente que nunca y que puede ser un punto de partida para aproximarse a la atención del problema en la actualidad. En varios artículos escritos entre 1984 y 1989, el Padre Nacho esencialmente insistía en la necesidad de restablecer el tejido social en las interacciones de los salvadoreños; en la urgencia de encontrar las relaciones sociales que “devuelvan la totalidad de su sentido a cada comportamiento” como una forma de enfrentar el problema de la violencia. Esto lo hacía en momentos en los cuales la mayoría de la gente pensaba que el problema de la violencia era esencialmente político y no psicosocial. El Padre Nacho no negaba el carácter político del fratricidio, pero señalaba su raigambre psicosocial y como tal —decía— no habría de bastar el fin de la guerra para despejar el problema. Al final, el tiempo le ha dado la razón y ha mostrado la necesidad de “construir unos vínculos colectivos a través de los cuales se afirma la humanidad propia”.

Al proponerlo de esa forma, Ignacio Martín-Baró reiteraba que esa reconstitución

de las redes sociales pasaba por la desideologización, esto es, por despojar a los comportamientos humanos de aquéllos elementos que justificaban intereses particulares y minoritarios, para dar lugar a una verdadera satisfacción de las necesidades humanas. En tal sentido, a la luz del legado de Ignacio Martín-Baró, la erradicación de la cultura de la violencia pasa por la “des-normalización” de las relaciones sociales deshumanizantes que, en el fondo, provocan el desprecio por la vida humana y privilegian la ley del más fuerte como criterio de comportamiento social. En otras palabras, enfrentar la violencia implica desarmar el andamiaje ideológico creado por una cultura que posibilita y requiere del uso de la agresión para resolver la vida cotidiana. Esta propuesta sigue siendo actual, no sólo por su aplicabilidad sino que también por su ausencia.

Esto es algo que aún falta por hacer: la guerra ha terminado, pero la paz no parece concretarse porque aún existe mucha gente no ha aprehendido a convivir pacíficamente, en parte, porque el contexto nunca les ha enseñado a hacerlo. Este es quizás el mayor reto y es el que con menos conciencia se ha asumido hasta ahora.

Así, el legado de Ignacio Martín-Baró va más allá de un planteamiento teórico para enfrentar el problema de la violencia. Se fundamenta en un estilo de vida en el que la lucha por construir una sociedad mejor pasa por el compromiso intelectual tanto como por el compromiso humano. Esa entrega lo convirtió en mártir.

En una sociedad, más preocupada por el comercio y por la administración mezquina de los pocos bienes que existen, más preocupada por la competencia económica que alimenta las agresiones sociales, el ejemplo del compromiso consistente del Padre Nacho por una sociedad solidaria sigue vigente como una forma de hacer frente al imperio de la violencia y de la muerte, y para seguir manteniendo viva la esperanza por una sociedad más justa y humana.